

UN CIUDADANO EJEMPLAR

Por **FERNANDO GOMEZ MARTINEZ**

(Palabras con que le fue ofrecido al profesor Emilio Robledo en nombre de la Universidad Pontificia Bolivariana, el título de doctor "honoris causa" en Ciencias Naturales y Sociales de la Facultad de Filosofía y Letras).

El título que hoy le confiere al doctor Emilio Robledo la Universidad Pontificia Bolivariana, el cual es autorizado por la Santa Sede, es la confirmación de dos calidades eminentísimas que lo adornan: la de hombre de ciencia y la de buen católico. Le llega cuando ha celebrado sus bodas de oro profesionales, tras de una carrera luminosa por la profundidad de los conocimientos y la ética y la caridad con que los ha puesto al servicio de sus semejantes, lo que acredita la primera de aquellas calidades, y cuando ha cumplido sus ochenta años sin desmayar en la fe ni haber tenido minuto de languidez en la práctica de las virtudes cristianas, lo que acredita la segunda.

Como hombre de ciencia, la sociedad lo ha galardonado con numerosos títulos por medio de academias e instituciones científicas y literarias. Y como católico, además, lo decora esta Universidad, después de que Dios omnipotente lo ha premiado, conservándole a la digna compañera de su vida y dándole una progenie que es digna de su nombre y que prolongará su memoria. Creo que no puede aspirarse a realizar una vida mejor entre viadores.

Nacido en un hogar cristiano, y miembro de una familia que ha hecho honor a las ciencias y a las letras, Emilio Robledo recibió su primera educación en Salamina, bajo la dirección de dos maestros eminentes, uno de los cuales fue el célebre Justino de los "Sueños" de Luciano Pulgar.

Su educación profesional la hizo en la gloriosa Universidad de Antioquia, de la cual fue más tarde rector, y en la cual recibió su grado en medicina y cirugía, profesión que ejerció en Manizales y en Medellín, principalmente, y que perfeccionó más tarde en Europa.

Profesor de varias asignaturas y autor de estudios y de libros científicos, su labor en este campo ha sido altamente valiosa y le ha merecido numerosas distinciones.

Carlos E. Restrepo lo llamó a la gobernación del departamento de Caldas y allí empezó para Emilio Robledo una carrera política en la cual ha sido además representante y senador. El general Pedro Nel Ospina quiso llevarlo al ministerio de educación nacional, alto puesto que no le fue dable aceptar. En este campo, el doctor Robledo se nos presenta como hombre de ideas definidas pero de comportamientos regidos por la nobleza y la gallardía. Para una persona de su alcurnia mental, de su sentido civil, de sus convicciones religiosas, la política "más fina" de que hablaba Suárez y la pasión sectaria —que tanto toca con la falta de humanos sentimientos— no han de ser de recibo y no lo son. O la política es noble en sus fines, gallarda en sus módulos, cristiana en sus maneras, o no es digno el hacerse político activo. Yo he tenido la fortuna de oír de labios del doctor Robledo el juicio que le merecen ciertos momentos de la política nacional y ese juicio ha sido para mi siempre una enseñanza.

Literato auténtico, la Academia Colombiana de la Lengua le otorgó sillón de miembro de número.

Pero el campo en donde se ha relevado más este hombre de tan múltiples capacidades es, indudablemente, el de la historia. En él es una autoridad. Empezó a dominar esta disciplina desde que publicó su Geografía Médica y Nosológica del departamento de Caldas, que está precedida de una Noticia Histórica sobre el descubrimiento y conquista del mismo, estudio que le valió un puesto en la Academia Nacional de Historia. Después ha venido publicando obras a cual más valiosa e importante: La medicina en los departamentos antioqueños; La Universidad de Antioquia; La vida del Mariscal Jorge Robledo; La vida ejemplar de Monseñor Manuel José Cayzedo; y el Boceto biográfico del oidor Juan Antonio Mon y Velarde. Ahora se empeña en terminar el tomo 2º de la Historia Magna de Colombia, encomendada a él por la Academia Colombiana de Historia.

Incansable en la investigación, de acertado criterio, valeroso y severo en el enjuiciamiento de los hechos, Robledo es un verdadero historiador, que no se contenta con recopilar datos y fechas y relatar cronológicamente sucesos, sino que justiprecia el ambiente y las circunstancias del acontecer histórico, hace su crítica filosófica y emite el fallo justiciero.

Queda hecho así, a brochazos, el "curriculum vitae" del doctor Robledo. Pero vengo a decir un poco más del hombre.

Ante todo, que su vida es la del caballero cristiano, de aquellos de que se enorgullece la sociedad en que viven porque le sirven de blasón y constituyen para los jóvenes espejo y paradigma. Transcurrida una juventud que tenía aplomo de vejez por la morigeración y el equilibrio, y tras de una madurez regida por el decoro, en lo social, en lo profesional, en lo político y fecunda en obras de estudio y en trabajos distinguidos, la senectud le ha venido como la exaltaba Marco Tulio y —compensación bien explicable— con dones de juventud:

frescura de mente, gallardía de corazón, fortaleza física, capacidad poderosa de trabajo.

El, cabalmente, en su excelente biografía del arzobispo Cayzedo, trae un capítulo que es interpretación a la vez biológica y moral de la vejez, en que al hacer la crítica de los sistemas inventados y ensayados, desde luego sin éxito, para prolongar la vida termina con esta sabia sentencia: "El arte de prolongar la vida consiste en no acortarla". Y citando opiniones de Vischer, sobre las costumbres de la China, donde se tienen miramientos especiales por los ancianos, recuerda que al que puede "llegar a festejar sus ochenta años se le considera como hijo predilecto del cielo". Y como síntesis o epifonema este versículo de la Sabiduría: "Y la verdadera ancianidad es una vida inmaculada".

Señor doctor Robledo:

Hace cincuenta y cinco años un médico eminente que fue ornato de Medellín por sus virtudes y a quien todos los que fuimos sus discípulos recordamos con cariño —hablo del doctor Francisco A. Uribe Mejía— os dirigía unas bellas palabras en el acto de vuestra graduación que hicisteis en compañía de un varón en quien habéis simbolizado desde los años mozos, como él en vos, la perfecta amistad y a quien yo también agradecido de sus beneficios, rindo culto y reverencia. Todas aquellas sabias y bellas advertencias del doctor Pachito sobre lo que debía ser vuestra profesión después de prestar juramento: abnegación, sacrificio, silencio, desinterés, actividad, afabilidad, moral estricta, ilimitada caridad, las habéis cumplido. Quien os las hizo pudo ver antes de su definitiva ausencia, que no habían caído en estéril tierra sus consejos, ni en vos ni en vuestro amigo. Se equivocó en un punto, y fue cuando dijo: "Si aspiráis a ser sabios no prestéis el juramento que se os va a exigir; porque la muchedumbre de desvalidos no os dará tiempo para los estudios en el día, ni reposo para las meditaciones por la noche". Contra la opinión del doctor Pachito, vuestra extraordinaria actividad os ha permitido, sin descuidar vuestras obligaciones, ya como médico, ya como profesor, ya como hombre público, acumular una serie de conocimientos que os acredita como erudito y producir una serie de obras científicas y literarias que bastarían para llenar una vida sin dedicarla a otra cosa.

La Universidad Pontificia Bolivariana, en reconocimiento a vuestros servicios como colaborador permanente y presidente de la junta de Servicio Social, ha querido honraros con el título que hoy os otorga. Con él exalta vuestra obra intelectual y vuestras virtudes cristianas. Pero hace algo más, y es interpretar el sentimiento de la sociedad toda, no solo de Medellín sino de la vasta sociedad colombiana, que reconoce en vos a un varón insigne y a un ciudadano ejemplar.